

*ese bandido*". No faltaban tampoco las puritanas, que prestaban más atención a los achuchones y arrumacos de las jóvenes parejas que al argumento de la película, ni aquellos que esperaban con lujuriosas ansias las secuencias amorosas, y que al ver defraudadas sus expectativas, respondían con pitos a las escenas de besos visiblemente cortados o abrazos reprimidos, obra de los tijeretazos de la censura nacional y secundada y ampliada por la censura local, que estaba personificada en la figura del cura párroco, supervisor de las películas que se iban a pasar. El censor de sotana, que metía su cuchara a fondo, seguía con amplitud las directrices morales que imperaban en aquella época, convirtiéndose en adalid y defensor de las buenas costumbres, no pasando por alto ningún momento del film con matices libidinosos y subido de tono. Tras lo cual, acabada la faena de mutilar la película, tal vez le diera su bendición y todo.

Le vienen a la mente alguno de aquellos personajes de los que guarda un recuerdo especial, como el ágil e inquieto de Galín, su vecino de la calle Padilla, quien preguntado por su parecer sobre el film, no negaba su decepción al evaluarlo con un «no vale pa' na'» si en la cinta no había ningún tiro, ningún muerto o moría el "artista" (así se llamaba al protagonista principal). Y es que, en su opinión, el fragor de los disparos de las armas, una masiva aniquilación de los malvados o la feliz supervivencia del protagonista al final de la obra eran conditio sine qua non en un guión para la obtención de la calificación de película aceptable o buena. Tal vez fuera – se plantea como mera conjetura – porque el triunfo del bien y la aniquilación del mal (llamémoslo miseria) a través de la muerte escondía la liberación de unas ansias reprimidas, ansias que aun sin ser conscientes de ello, anidaban en muchos pechos en aquella realidad, generalmente pobre y gris... Otro personaje que recuerda con cariño es el tío *Juan el Garaño*, con frecuencia compañero de butaca de su padre y de él, especialmente en las sesiones estivales. El bueno del tío Juan, con su rostro siempre sonriente y amable, no se perdía ninguna cinta que tuviera tintes de película de acción y se repartieran mamporros a diestro y siniestro. Pero lo peculiar de este personaje era que apenas acabado el NO-DO, en el que se no faltaban logros y hazañas patrias que relatar, solía entrar en un sopor, contra el que hacía leves esfuerzos para superarlo y mantenerse despierto, hasta caer irremisiblemente en brazos de

Morfeo, compitiendo, a través de sus ronquidos, con la misma banda sonora del film.

En aquellos tiempos "*las carteleras*", como se llamaba a un rústico panel de madera sobre el que se ponían alrededor de una docena de fotogramas en positivo de la película anunciada sujetas con una cuerda o con chinchetas, solían colocarse, arrimadas a la pared, bajo el arco de Tendezuelas, como reclamo a la vista de cuantas personas pasaran por allí. Éstas se recogían poco antes de que empezara la función, después de haber estado todo el día expuestas. Se acostumbraba también a repartir, en pequeño formato, carteles cinematográficos de las cintas que se iban a proyectar en las próximas fechas, a los que llamábamos "*propagandas*". Cosa que recuerda muy bien, pues él era un tenaz coleccionista de ellos. Entonces el nombre de los directores del celuloide no contaba para nada a la hora

de decantarse por una película. Lo que primaba era el de los actores. Nombres, a falta de academias de inglés, pronunciados muchos de ellos con una dicción en la lengua de Shakespeare curiosa, y muy sui géneris, y que sonaban del modo en que buena o malamente se era capaz de leer, pero que todos entendían: Jon Baine (John Wayne), Alalán (Alan Ladd), Burlan Cáster (Burt Lancaster), Chalton Eston (Charlton Heston), Cla-Gable (Clark Gable)...

No se olvida de la función especial para los niños de los lunes, por lo que no tiene por menos que estirar la comisura de los labios en una delicada sonrisa al rememorar aquellas sesiones vespertinas al precio de una peseta. Puede ver a los chiquillos arremolinados en torno a la taquilla formando

una cola ruidosa y difícil de describir, buena parte de ellos, los mas afortunados, terminándose su merienda, que en su mayoría constaría de un bocadillo de mortadela o una onza de chocolate (sucedáneo en muchos casos) con pan. Estas sesiones eran vividas con tanto entusiasmo por los más jóvenes que en las escenas de persecución, cuando los malvados eran perseguidos por el protagonista, la sala se convertía en una estruendosa explosión de gritos y aplausos, una vorágine de adrenalina que escapaba de sus cuerpillos inmaduros. Era, además, un lugar donde los dos géneros podían sentarse juntos, pues entonces las escuelas se dividían en clases de chicos y chicas; un lugar que presentaba la ocasión para los primeros roces amorosos, que forzaban al corazón a diluirse por todo el cuerpo, las primeras miradas cómplices,



*Estado actual de la Calle Señor Cura, donde se encontraban los cines de Cagazas y Luquillas.*